

Un triste recuerdo para las Escuelas Pías

Manuel Izquierdo

El nombre de Porlier adquirió una nueva celebridad, una triste celebridad, entre el pueblo madrileño. Se extendió en él la idea que, a escala internacional, había cubierto la Torre de Londres o la Bastilla. Así, por obra y gracia de la prisión franquista, a pesar de todos los callejeros impresos posteriormente, la designación antigua no fue nunca olvidada.

Higinio había llegado a aquella cárcel con el contingente de unos doscientos presos trasladados desde Torrijos en junio de 1941. Un pequeño trayecto en camión por la calle de los Hermanos Miralles, ya que el viejo nombre de General Porlier había desaparecido. Aunque general, el Marqués de Matarosa, de brillante actuación en Trafalgar y luego en la guerra de la Independencia, era un peligro para el nuevo orden hasta en el recuerdo. Don Juan Díaz había permanecido fiel a sus ideas de libertad por lo que fue condenado a muerte en 1815. Intolerable a partir de 1939.

Porlier era, como Yeserías, una de las grandes cárceles de Madrid por su contingente en permanencia: 6.000 detenidos. La primera tenía además el carácter de prisión provincial, es decir, que su director era al mismo tiempo el jefe superior de los establecimientos penitenciarios del área geográfica. Ello llevaba anejo que en Porlier se estuviera, por parte de los presos, más al corriente de muchos hechos que en otros sitios de aquel conjunto represivo.

PORLIER, SEXTA GALERIA

La Sexta galería formaba un ángulo. A uno de sus lados estaban alineados los petates individuales a lo largo del muro exterior y con el espacio visual de, más o menos, «dos ladrillos». Enfrente existían una especie de celdas, abiertas permanentemente, pues no tenían puertas, y en las cuales se agrupaban de seis a ocho presos. Al revolver del ángulo y por un breve pasillo había acceso a otra gran parte de la nave, ésta sin celdas, una de cuyas paredes daba al patio de la prisión.

Las celdas habían servido para que, tomadas como base, se constituyeran las «comunidades» o «repúblicas». Estas reunían a todos o parte de los «habitantes» en una de las mismas. O bien a los propios de las celdas se añadía alguno de quienes se encontraban en la hilera de enfrente. Cada comuna designaba un intendente. Este era desde aquel momento el depositario de los víveres, tabaco, etc., que individualmente se pudieran recibir. El, con arreglo a las normas establecidas por los «comunalistas» repartía y escalonaba el consumo de las vituallas y demás que tenía a su cargo. Era una forma superior de practicar la solidaridad, de

luchar contra el hambre y de ayudar a los menos favorecidos por envíos familiares.

Por aquel tiempo había en la Sexta galería no pocos hombres destacados en organizaciones y partidos: el republicano Antonio Remis, el socialista Carlos Rubiera, el secretario de la U.G.T. Rodríguez Vega, el cenetista Antonio Moreno y tantos otros.

La llegada de Higinio a la Sexta galería había sido obra del comandante Paredes, uno de los dos detenidos misteriosamente desaparecidos de la Prisión de Torrijos (1). Su amigo había intervenido en cuanto el contingente ingresado, de que formaba parte aquél, tuvo su primera salida de cuarentena en el piso bajo. En medio de su asombro fue arrancado casi a la fuerza de las duchas, entre risas y bromas, medio desnudo y apenas seco, para conducirlo a aquella galería. Ignoraba cómo se efectuaron las «formalidades». El hecho era de que antes de darse cuenta estaba con su petate instalado entre compañeros. Poco después tenía en sus manos el último diario aparecido. Paredes, que vivía en la celda más alejada de la cancela de entrada, había presentado a Higinio a algunos de sus comunes camaradas.

(1) Ver TIEMPO DE HISTORIA, núm. 56, julio 1979.

Entre éstos, a Martín, a quien llamaban «El Escolapio» ciertos de sus amigos, porque ante ellos gustaba de perorar sobre los días de su infancia, de los tiempos en que había estudiado, precisamente en las Escuelas Pías y a las cuales perteneció entonces ese mismo edificio de Porlier en que ahora estaba él encerrado. No tuvo que transcurrir mucho tiempo para que Higinio conociera también directamente las circunstancias en que se desarrollaron los primeros estudios de aquel antiguo alumno de la Orden calasancia.

SAN ANTON

No había estudiado Martín en Porlier, sino en la casa-madre, en San Antón. El viejo caserón que daba a las calles de Santa Brígida, Horta-leza y Farmacia estaba en los años 1939 y sucesivos, al igual que Porlier, Torrijos y Yese-rías, dedicado a prisión. Su contingente per-manente era de los de tipo medio en Madrid, es decir, de unos dos mil detenidos.

San Antón era muy conocido en otro tiempo en la capital. Y no solamente por su colegio. Co-locada la Institución bajo el patrocinio de San Antonio Abad, celebraba una gran fiesta todos los 17 de enero. En ese día, naturalmente, no había clases. La festividad era de un carácter muy particular: estaba dedicada a los anima-les. Eran innumerables las personas que con sus engalanados burros, caballos y mulas, gatos, perros, canarios, loros y otras faunas, se pre-sentaban ante la ventanilla habilitada al efecto en San Antón. Allí recibían bendiciones y compraban las rosquillas «del santo». En la misma década de los años veinte ya declinó este aspecto folklórico.

Como centro de enseñanza gozaba San Antón de un enorme prestigio entre las gentes. Qui-zás también por su innaccesibilidad para los hijos de las clases no holgadas. Quienes po-dían hacer frente al pago del colegio no tenían ni mucho menos tantas dificultades. La en-trada por la calle de la Farmacia era para estos alumnos que sufragaban sus estudios. Por este lado, se encontraban todas las clases prima-rias que les estaban dedicadas.

Distinta era la situación para los hijos de obre-ros, pequeños empleados, modestos artesanos y comerciantes que en ningún caso podían permitirse el lujo de sustraer la más mínima cantidad de su presupuesto para enseñanza. La escuela pública, municipal o del Estado, presentaba un panorama tan lamentable y va-ció a lo largo de la Restauración y primeros tiempos del siglo XX como el que, si se guar-dan las distancias, había impulsado a José de Calasanz, nacido en 1556, a fundar las Escue-las Pías. Por algo la obsesión, el lema y el sueño de Joaquín Costa había sido el de «Despensa y



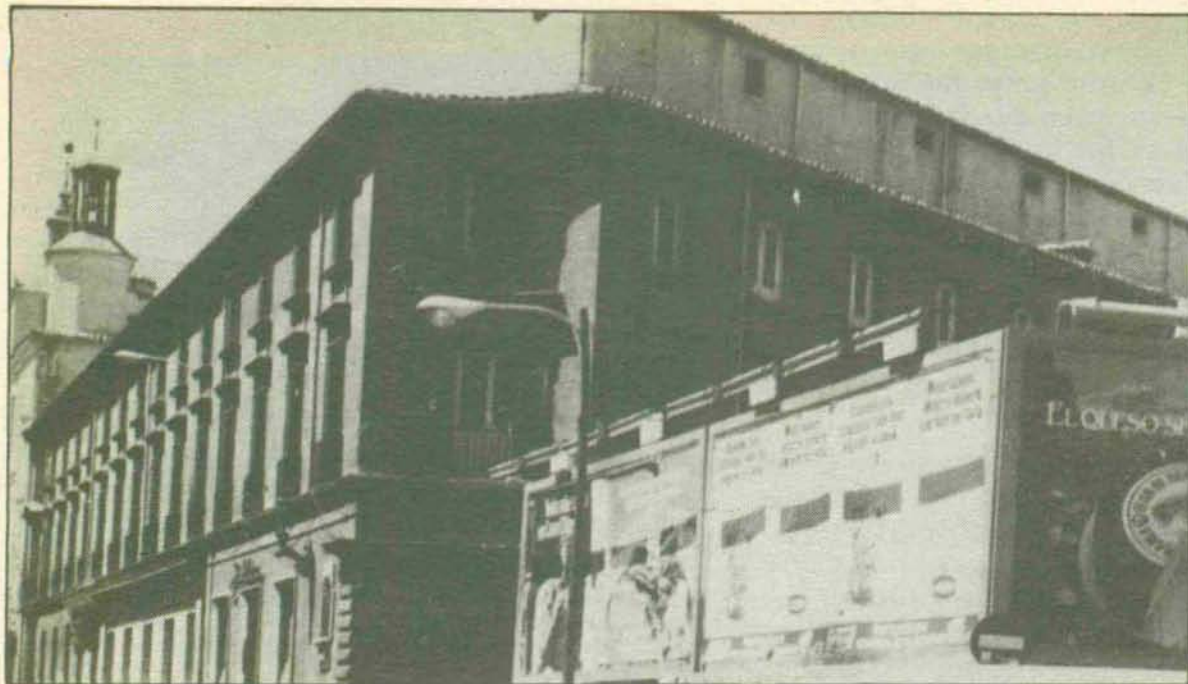
PORLIER. El colegio calasancio de los escolapios está ahora tam-bién bajo la advocación de «Nuestra Señora de las Escuelas Pías».

Escuela» cuando ya se afirmaba en nuestra centuria. En realidad, no había escuelas públi-cas; en las existentes de este carácter sus titu-lares habían dado pábulo involuntariamente al dicho popular de «tener más hambre que un maestro de escuela». Las descripciones de Alarcón en sus «Cosas que fueron», no habían evolucionado mucho.

De hecho, la única enseñanza existente en Ma-drid hasta 1931 en el primario, era la impar-tida por las órdenes religiosas. Después de 1900 se dedican a enseñar en el país 294 co-munidades masculinas y 910 femeninas. Las Escuelas Pías de Castilla habían establecido su centro más prestigioso en San Antón. Igualmente gozaban en Madrid de autoridad docente colegios de maristas, lasallianos, je-suítas y otros.

Ni el conjunto de las enseñanzas oficial y reli-giosa podían cubrir el desolador balance es-pañol a la caída de la dictadura primorrriverista: 1.836.000 alumnos para una necesidad es-colar superior a los cuatro millones. Y el 33,70 por 100 de analfabetos para la población total del país.

Sin entrar en las razones de ello, la realidad es que en San Antón también se daba la ense-ñanza gratuita. Pero ante el desierto pedagó-gico de la capital —como en toda España—, los padres y madres tenían que dedicar años de su vida hasta lograr que sus hijos fueran admitidos en el calasancio colegio. Los obstá-culos de todo tipo hacían renunciar a la mayo-ría de quienes lo intentaban. Debían ser muy fuertes las recomendaciones y padrinzgos para que los muchachos pudieran franquear directamente la puerta de la calle de Santa Brígida —la destinada a los «gratis»— al cumplir la edad de siete años.



SAN ANTÓN. Al fondo izquierda, torre y campanario en la calle de Hortaleza.

Se había transplantado en el fondo, de arriba abajo, una actitud tradicional y secular de la aristocracia y clases superiores británicas: la de inscribir a los niños a su nacimiento a los colegios de Cambridge, Eton y Oxford. Ni aún así se podía asegurar la vía directa a las aulas de San Antón. Había padres que lograban, aunque también difícilmente, un camino más sinuoso. Llevaban a sus hijos a las clases maternas mixtas existentes en el colegio de Santa Isabel, dedicado a muchachas y situado también en la calle de Hortaleza, cerca de Fernando VI. Desde éste y al cumplir los siete años, los niños eran trasladados automáticamente a San Antón.

LA LUCHA DE CLASES NO SE PREDICA

Las novedades apreciables en el colegio de San Antón, lado gratuito, no empezaban a producirse hasta que los alumnos llegaban a la que se hubiera podido designar como última clase primaria, la conocida como «segunda de escribir». Los educandos se situaban allí, como término medio, en la edad de once años.

Hasta entonces todo había sido una línea recta, sin saltos bruscos. Misa diaria, incluso los domingos, con los alumnos reunidos en las cuatro clases «de leer» que iban del esquinazo Hortaleza-Santa Brígida hasta la puerta de esa misma calle. Para este fin eran replegados hacia los lados los tabiques de madera que separaban las aulas. Se daba paso así a una enorme nave única. Luego era la lección de catecismo en la que, alguna vez que otra, se hizo alusión a la verdadera vocación de santidad que embargó a José, ya de niño; lo había demostrado un día en que, a la edad de cinco

años, salió con un cuchillo por las calles del pueblo de Calasanz «para matar al diablo». Había también las disciplinas correspondientes de aritmética, gramática, etc. expuestas en los libros de texto que los propios PP. Escolapios redactaban, imprimían y vendían.

Poco tiempo quedaba a los muchachos de relación con el mundo exterior. Las salidas de mañana y tarde se efectuaban en formación, a lo largo de la acera: una, hasta la calle de Hortaleza; la otra, calle de Santa Brígida arriba hasta confluir con Santa Agueda, frente al edificio del Teatro Martín. En esos dos extremos se ordenaba la dispersión por el padre encargado del menester. Era solamente a la entrada de la tarde, en los diez o quince minutos que algunos lograban llegar con anticipación, cuando existía un poco de esparcimiento colectivo, de intercambio de gustos, a veces de jolgorio, de travesuras también. Aquel trozo de Santa Brígida era entonces una especie de patio de colegio. Los mayores miraban ocasionalmente, en sentido malicioso, hacia el portal que daba frente a la puerta del colegio. Su vidriada y opaca cancela cerraba toda vista interior. Algún osado llegaba a insinuar la posibilidad de fantásticos túneles subterráneos a través de la calzada. Todo aquello era imaginativo o de oídas, pues en las horas diurnas no se registraba ningún movimiento galante al exterior de la tal mansión.

Más acorde con aquellas edades de los alumnos era el descenso hacia la tienda y puesto de ruedas en que se vendían frutas y cacahuets, verduras y chufas, chewing-gum de Murcia, majuelas y canutos para disparar sus huesos, aceitunas. La publicidad del comerciante, cubierto siempre con una chistera, estaba conte-

nida en un gran cartón, levantado como un estandarte sobre su tenderete y que a mano, en letras bien entintadas, proclamaba

*«Los tres
La Chistera
El carrito y
Don Valeriano Benito».*

Los mayores también hacían «salidas» hasta Hortaleza, donde, a partir de los puntos en que los tranvías marchaban lentamente, aprendían a tomar y dejar éstos en marcha, se aventuraban a ir a las tiendas donde vendían películas «en grande» de Duncan y de Cayena y que, con un cartoncito y un vidrio, convertían en fotos al exponerlas al sol. A estos más crecidos llegaban también los ecos de costumbres que tenían estudiantes de Bachillerato y Universidad, como, por ejemplo, las escapadas a la célebre calle de Ceres, donde, a la par que otros, se situaba el tráfico de viejos libros de texto en la Librería de Doña Pepita.

Novedades ya de esa «segunda clase de escribir» eran que un día se despedía un condiscípulo por pasar al aprendizaje en la imprenta del colegio; otro, una conversación en que algunos compañeros anunciaban el final de sus estudios al terminar el curso, o sea, que comenzarían a trabajar. El futuro aparecía así, no solamente como un tiempo de la conjugación, sino igualmente como una interrogación personal.

Disminuían los efectivos en el nuevo curso. La clase presentaba ahora el carácter de primera terminal. Y todavía se reducía el número en la siguiente, en que, por primera vez, se encontraban reunidos alumnos «gratis» y «de pago». Se estaba aún lejos de los catorce años en la media de edad. La mayor parte del último grupo, aunque perteneciente a capas económicas más desahogadas, también se preparaba, en general, para hacer desembocar sus estudios en una actividad profesional o en oposiciones no muy costosas. Los no muy numerosos que habían emprendido antes estudios de bachillerato ya habían desaparecido.

Por el momento estaban reunidos en la misma clase los alumnos de ambas procedencias. Todos entraban y salían desde entonces por la calle de la Farmacia. Pero los «de pago» tenían diariamente una hora suplementaria, de «estudio», al final de la jornada. Este tiempo era aprovechado por ellos, bien para consultar al padre celador, bien para intercambiarse ejercicios, soluciones o, simplemente, copiar unos de otros. Con ello, al llegar las lecciones correspondientes, estaban en situación de superioridad respecto a los «gratis» que se veían obligados a trabajar solos, aislados, en los propios hogares, y la mayoría sin que sus pa-

dres pudieran ayudarles. El nivel de estudios de los hijos sobrepasaba ya la cultura de sus progenitores. Sólo un recurso les quedaba: llegar un poco antes de la hora de entrada de la tarde. Y sentados en las aceras afanarse en corros con libros y cuadernos. De esta manera surgía, crecía, un sentimiento de hostilidad entre una y otra categoría de discípulos. La animadversión se manifestaba de cuando en cuando, ruidosamente y en la misma clase, al corear cada sector el triunfo de alguno de los suyos en el alcance de los primeros puestos.

Al llegar el abandono individual del colegio, quedaba cortado todo lazo anterior con él, con los condiscípulos de años. En términos casi absolutos para los «gratis», quizá un poco menos, pero también fuertemente, para los «de pago». Unos y otros harían la segunda parte de «sus universidades» en la vida propia.

LOS ORIGENES DE PORLIER

Tuvo lugar al comienzo de los años veinte la inauguración del moderno edificio que ocupaba toda la manzana comprendida entre las calles de Torrijos, Lista, Padilla y General Porlier. Las Escuelas Pías extendían así su irradiación al aristocrático barrio de Salamanca, hacia las Ventas y la Prosperidad. Los alumnos de San Antón, cuyo domicilio quedaba más próximo al nuevo colegio, fueron trasladados a él. En San Antón y en Porlier siguieron las clases, pues la situación de la enseñanza en España y en Madrid continuó de manera semejante a los lustros anteriores.

En estos recuerdos se detenían los relatos de Martín. Lanzado él mismo en la vorágine de la vida y de los grandes acontecimientos que siguieron a su adolescencia, remachaba que en cierta ocasión, ya miembro de las Juventudes Comunistas, había encontrado en la puerta de una de las fábricas metalúrgicas más importantes de la capital, adonde había ido a repartir propaganda, a un antiguo condiscípulo de San Antón que salía de ella. Este militaba también en la misma formación. En otro momento se había tropezado con un ex monaguillo, igualmente compañero de colegio, en una asamblea sindical celebrada en el salón grande de la Casa del Pueblo.

El que fue alumno de las Escuelas Pías no había vuelto a saber nada desde entonces, ni de San Antón ni de Porlier. Como todo el mundo, conoció a partir de 1931 las transformaciones de la enseñanza en Madrid y en España. Se levantaron por todas partes grupos escolares modernos, claros, aireados y con arreglo a las más avanzadas normas pedagógicas. Pasaron a contar los maestros como mujeres y

hombres, como ciudadanos, como educadores. Se estableció en seguida para ellos el sueldo mínimo de 3.000 pesetas al año y de 4.000 un poco más tarde. En muy poco tiempo la República preparó y destinó a los 8.000 maestros que hacían falta. En este impulso, los miembros del Magisterio, además de contar ya individualmente, empezaron a jugar un papel colectivo, social, nacional a través de su cada vez más fuerte Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza. Dejó de haber dificultades para el acceso a las escuelas y la enseñanza primaria se convirtió en obligatoria y gratuita.

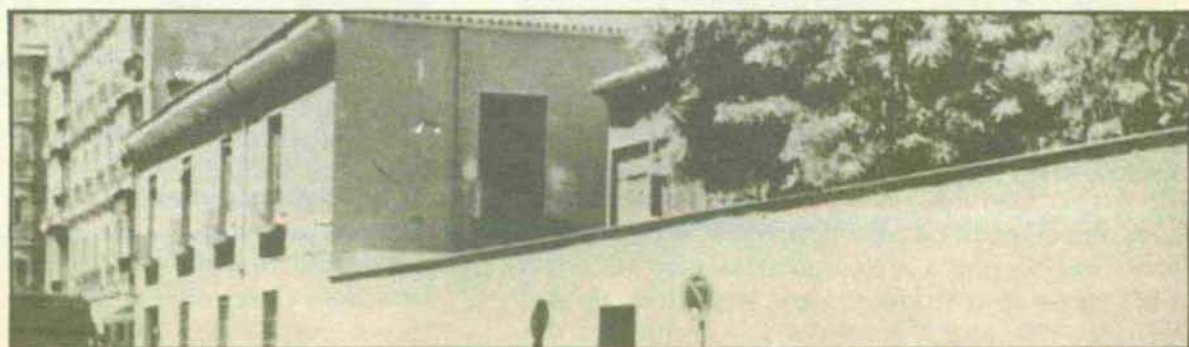
La sublevación de julio del 36 y la guerra no interrumpen el empuje de ilustración en la que queda como zona republicana. La contienda exige, por el contrario, la desaparición del analfabetismo, una población todavía más llena de saber. Para este fin se crean las Milicias de la Cultura y sus componentes enseñan en las propias trincheras. Las maestras principalmente desempeñan un papel relevante en la evacuación de los niños en zonas inmediatas a los frentes, en la continuación educadora en las colonias creadas al efecto. Proliferan las escuelas de todo tipo y grado en empresas, en el campo. Las casas productoras de libros agotan sus ediciones apenas las ponen en venta y pasan estas de una media de 3.000 ejemplares antes de la guerra a los 25.000 de ahora. Es rara la unidad militar, la fábrica o el centro social que no tengan su biblioteca. Desde el propio Ministerio de Instrucción Pública se impulsa esa ola superadora al dar un lugar preponderante en la diversidad de sus direcciones; por ejemplo, a los Picasso y a los Renau, a los Alberti y a los Roces; a músicos y compositores; a militantes y cuadros de la F.E.T.E., que desde maestros a catedráticos de Universidad no han pasado al Ejército popular como jefes, oficiales o comisarios políticos.

EN ESPERA DE LA PRIMERA MISA

Ocurrió que para la primera misa a que debió asistir Higinio en Porlier le tocó formar al lado de Martín. Este evocó para su vecino las misas que en otro tiempo tuvo que escuchar en San

Antón día por día. Constató el hecho simplemente. Ahora, aquel ex alumno del Calasancio era materialista, ateo, pero no ocultaba la impresión que le produjo su ingreso en Porlier. Entonces saltó a su mente todo el pasado de su infancia y surgió en él un sentimiento suplementario de reprobación hacia el franquismo. En su reaccionar más profundo hubiera encontrado lógico que tanto Porlier como San Antón recobraran su dedicación primitiva. Pero que ambos edificios hubieran tenido aquel triste destino, que se convirtieran en cárceles a las cuales serían llevados tantos ex discípulos de los escolapios, eso no, eso le sublevaba. Se podía estar o no por la religión, por la enseñanza confesional o laica. Pero que quienes se habían proclamado abanderados de los fueros del culto y clero antepusieran su represión a la enseñanza era indigerible para el compañero de fila de Higinio. Si esto se había hecho con San Antón y Porlier, ¿podía extrañar que los estupendos grupos escolares, tomados al azar, sito el uno frente a Yeserías y el otro en el Puente de Toledo, estuvieran entonces dedicados a concentrar y destinar «prisioneros» militarizados?

En el patio, en espera de la misa, tuvo Higinio una primera «presentación» de los cinco o seis maestros que, desde su puesto, percibía Martín. Ello le llevó a recordar a su amigo Lorient, ya en la enfermería, maestro de la provincia de Toledo y que con él había sido de la expedición traída desde Torrijos. Se estremeció al oír el nombre de otro detenido: Moles. ¿Moles? Sí. Efectivamente se trataba de don Enrique Moles Ormella, catedrático de la Universidad Central, Director del Instituto Nacional de Física y Química, miembro de las Academias de Madrid, Praga y Varsovia, secretario general de la Sociedad de Física y Química. Precisamente él había formado parte del primer grupo de hombres de ciencia y literatos, como Antonio Machado, evacuados en noviembre de 1936 a Levante. El Quinto Regimiento les había puesto a salvo a fin de librarles, personalmente y en sus trabajos, de los peligros que les acechaban en Madrid a causa de los bombardeos, de la propia



SANTA ISABEL.
Tapia y puerta de
acceso.

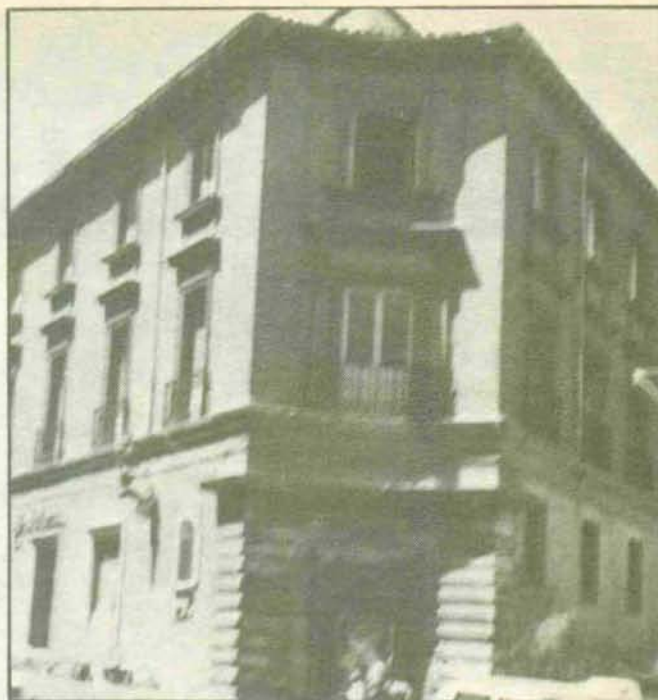
gravedad de la situación en la capital. Y ahora los vencedores, que no convencidos, según caracterización de Unamuno, le habían metido en la cárcel. ¿Por qué?

Higinio, que antes de la guerra tenía algunos amigos en la Universidad, había oído ya hablar de don Enrique. Todo el mundo estaba de acuerdo en que él siempre rehusó entrar en los pequeños detalles de la política. Era, eso sí, un inquebrantable defensor de las libertades en general y del fuero universitario en particular. A este propósito se conocía en claustros y paraninfos lo sucedido a raíz de una reunión de profesores. Una disposición gubernativa impuso durante el bienio negro la presencia en sus juntas, por primera vez desde tiempo inmemorial, de un agente de la policía. En la Universidad Central tenía lugar una de ellas. Momentos antes de comenzar se presentó al señor Moles el policía enviado, pues era él quien había de presidirla. Don Enrique no se inmutó e invitó al inspector a tomar sitio en la mesa, a su lado. Abrió la sesión, pronunciando el preámbulo en alemán. No le terminó de escuchar el policía, quien se levantó y salió de la sala. Y ya no se presentaron más agentes a presenciar las reuniones universitarias.

La acumulación en la mente de Higinio de tantas facetas, desde las más remotas hasta las que en la actualidad le rodeaban, respecto a la enseñanza y al Cuerpo docente, le llevaban a ahondar en sus propias reflexiones. El conocía, como la generalidad de las gentes, el célebre dibujo de Castela, «La última lección», exponente de la suerte que corrieron muchos maestros quedados en zona franquista. Pero en Porlier y en aquellos días no se podía contestar a sí mismo sus interrogantes acerca de tantos otros. Solamente mucho, mucho tiempo más tarde, se hablaría de los maestros ocultos durante años, de otros que se refugiaron en las montañas, de no pocos miembros de los cuerpos docentes exilados, de quienes su más brillante representación en el terreno de la Pedagogía era don Lorenzo Luzuriaga.

INTROITO MUSICAL

Llegó un momento en que los guardianes exigían el cese de los murmullos. La misa iba a comenzar. Al frente del altar y en primera fila había un pequeño grupo de detenidos. En uno de los lados un sacerdote ensotado hacía los preparativos del oficio religioso. Todos ellos eran nacionalistas vascos, católicos, presos por actividades clandestinas, que iban a comulgar. A lo largo de la ceremonia no se produjo el menor gesto de animadversión hacia ellos entre los miles de encarcelados presentes.



SAN ANTON. Chaffán de las calles Hortaleza-Santa Brígida.

Sonó la corneta con una llamada de atención y luego ordenó «¡Firmes!». El director de orquesta, preso como los músicos, miraba hacia la puerta con la batuta en alto. Arrancó al fin la barahúnda:

*Cham, chan, charán
Cham, chan, charán...*

En fila india hicieron su aparición cinco personajes. Iba en cabeza el director de la prisión provincial y de Porlier, con su cabello y barba bien acicalados, en impresión de un subido tinte negro y en un airear entre marcial y esforzadamente solemne. Era el suyo un rutilante uniforme que estaba lejos de los modelos exhibidos en Torrijos. El señor director empujaba a sus sastres a inspirarse en las galas reglamentarias, tradicionalmente en uso por ministros y almirantes. Al director seguía el jefe de servicios y luego el oficial correspondiente, ambos en caquí de ordenanza. Continuaban un guardián de verde oliva para terminar el cortejo con un preso, afecto como «destino» a la dirección y que por su cojera tenía que avanzar a saltitos a fin de no despegar de la hilera directorial.

La orquesta proseguía su himno de la cárcel. Y con un rictus sardónico los miles de detenidos susurraban:

*Ya está tomé, ya está tomé
Cham, chan, charán, cham
charán, charán, charán.*

La misa dominguera comenzaba. Una de las páginas coloridas y para la pequeña Historia de la Prisión de Porlier, de la Prisión Provincial de Madrid. ■ M. I.